

Corrida de ancianos

Viejos de **El Buen Pastor**. Desiguales, reservones el 1º y 2º, muy noble y valiente el 3º, flojo el 4º.

Faena a cargo de **El Santi**.

La emoción llegó recién con el tercer viejo. Hasta entonces El Santi había hecho de la faena una lección de cautela, había clavado apenas un par de banderillas. Lo demás fue apatía

Salvo el tercero. Se llamaba don Antonio, era velete, guapo de cara y se le aplaudió al salir. Va con genio al caballo, se fija al peto, repite con casta y, al salir, mira a diestros y peones y les dice: “Aquí estoy”.

Suena el clarín que abre el último tercio y El Santi se acerca y le mide en las tablas del 10. De allí al centro –rápido, que lo ve bueno- y el viejo empieza a embestir. Suenan las primeras palmas de la tarde y El Santi, desafiante, muy torcido, la muleta *alante* tensa y baja, se lo lleva detrás. En la izquierda, ladeado el

Va con genio al caballo, se fija al peto, repite con casta y, al salir, mira a diestros y peones y les dice: “Aquí estoy”.

cuerpo, de perfil al viejo, tira sin mucha gracia del noble don Antonio y vuelve a la diestra, donde desaprovecha, despegado y sacándolo hacia fuera, la embestida humillada y dócil de su cárdeno seguidor. Era anciano para lucirse, para hablarle al oído; para cantarle fados, aunque no escuchara del todo bien.

El resto de la corrida ni embistió ni dejó de hacerlo. Hubo una primera floja, escurrida y bien armada, un poco renga, a la que El Santi recogió y echó un capote lento, mirándola. Luego perdió las manos, sopló el viento, y el sol agradeció, ajustando sus viseras y parando los

abanicos, que el diestro se le acercara. Pero en la muleta empezó a saltar entre un mar de tornillazos y cuando la fijó un poco ya era hora de la espada. En el cuarto viejo –una anciana que dudaba mucho e hizo mosquear al respetable- la lidia era tan inane que no se levantó una voz –y eso que la geronte hizo bailar al caballo sobre dos patas, girándolo como una peonza-.

Tal la falta de ilusión que reinaba en la Plaza que disuadieron al diestro de parear. Nadie decía nada. El Santi la vio escarbar, volverse un par de veces, y no se decidió a embraguetarse como sabe; se limitó a verla humillada entre reservas y afirmaciones. Tarde ya quiso enmendar, pero aguda rechifla le avisó de que no eran horas, y le jaleó con olés burlones los pecados de indecisión. Respondió El Santi con estocada a fondo. En las gradas, 5 abanicos despedían una función desganada y triste.

Roberto Gárriz

© El Mundo y Odradek

Una opinión sobre la guerra que se viene.

Hacia un frío inusual para ser fines de enero. Pero nadie se sorprendió, ya que era doce de junio. Julián entró al recinto luciendo un atuendo que no era el adecuado para asistir a un recital de un grupo de cumbia. Era lógico, él estaba entrando en el teatro

Cervantes. Tomó asiento y al comenzar el espectáculo, los sonidos generados por los actores no llegaban a sus oídos. No se alarmó, ya que el espectáculo era de mimos. Cuando terminó no sintió el malestar estomacal que le producían los amanerados movimientos de esos mudos

actores. Pero no se asustó, porque él durmió durante todo el desarrollo del espectáculo.

Al mirar detalladamente notó que el vestido que lucía su acompañante era extremadamente corto. Esto sí lo alarmó, porque tal acompañante era su padre. Al interrogarlo sobre su vestimenta, el hombre le explicó que él no era su padre, sino su cónyuge. Esto no lo sorprendió, ya que su padre mantenía un

vínculo incestuoso con su propio hermano gemelo desde que Julián era pequeño. Decidieron ir a tomar algo y se sentaron en el primer lugar que encontraron. Pidieron un café y le dijeron que no tenían. Pidieron un té con masas y corrieron la misma suerte. Se pararon y se fueron sin sorpresa, ya que estaban en un

locutorio. Entraron en un local de alimentos. Se sentaron y esperaron durante mucho tiempo sin ser atendidos. No se extrañaron debido a que estaban en un Mc King. Compraron dos combos dos y cuando los

probaron no les sorprendió que tuvieran gusto a viejo. A nadie le sorprende eso.

Después de comer Julián le dijo a su tío “Usted está cada vez más puto” . . . Esto no lo sorprendió. El tío estaba, efectivamente, cada vez más puto.

Mariano Quintero

La mujer, luego de terminar al carcahuezo, comenzó a santiguar en silencio. El descuernacabras se hizo más intenso, desarmando la tongada de donde había salido la fara.

Tarea para el hogar: Abrir un libro en una página a azar. Marcar, sin leer, cinco oraciones seguidas y escribir un texto que respete todos los adjetivos, sin alterar el orden original. Después de esto, realizar una permutación al azar de los verbos y luego de los adjetivos. Cambiar el orden de las oraciones, de modo que lo que originalmente era 1, 2, 3, 4, 5 se ahora, 2,5,3, 1, 4. Interpretar mitológicamente.

Año II - Abril 2008 - Número 21

Muestra gratis

www.odradek.com.ar

domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Réquiem para un gladiolo

Si bajó a empujones y quedó paralizado por el estupor frío y húmedo del puerto, poco importa ya. Como si el sentido del tacto le hubiese quedado aprisionado en la cara, había podido reconocer los distintos tejidos que le rozaron violentamente las mejillas en medio de una turba de antiguos vecinos irreconocibles. Lanás, algodones, linos, telas que ya no volvería a oler en estas nuevas tierras. En el bolsillo del saco, los borbotones de una cursiva negra sobre un papel doblado lo resguardaban del miedo de perderse, de olvidarse quién era y a qué había venido.

Dejó de ser el único punto inmóvil en medio de la vorágine del desembarco cuando la ciudad empezó a atravesarlo con la furiosa indiferencia de sus calles, el aroma a corteza de los árboles envueltos en la llovizna arremolinada, los pájaros invisibles al amparo de las

tejas.

Hasta aquí, su historia. El resto de su vida lo pasó en el cementerio. Día a día, de sol a sol.

A las seis de la tarde, concluido el horario de visita a los muertos, comenzaba a recorrer el perímetro que delimitaba tumbas, nichos y panteones: “Vaaaamosacerraaaar” gritaba en una especie de cántico, acompañándose con el tañido de



Nora Martínez

La cólera

Hacerse el muerto para encontrar el fuego es extraño, pero ocurrió en América por la invención de un Dios. Ahora, cientos de años después y en un almacigo de cadáveres, en la gramilla de los recuerdos y los libros, vuelve a tronar la primera voz.

avanzan (lo que apareció adelante estaba atrás y lo que estuvo al frente no estaba en ningún lugar).

Por eso, la cólera de los cuerpos (hasta que los huesos se blanquean bajo la tierra y produzcan reflejos en los mármoles) está en la calle, produce pesadillas en los que siguen.

Esto que fue en ningún tiempo, viene siendo ahora. Años ha, tiempo ah.

Arrancan huesos – ilusiones, dicen las

revistas, - parten cráneos – machacan siguen las revistas – cuando a nadie se le ocurre todavía que un pueblo – todo un pueblo – quiere nada cuando no quiere todo. Lo del pueblo, sin embargo, hay que anotarlo al descuido porque – en fin – no hay comienzo posible. Las piezas del ajedrez – decía el árabe, también después – no cambian la partida, las reglas tampoco están en el tablero. En esa mezcla el fluir de la sangre no era importante, tampoco la esperanza de morir. En el fluir el dolor se estanca, lleva las de perder.

Querían suprimir los genitales para evitar (se dijo) ese abotonarse, ese acabar con las reservas, acabar porque sí.

No es un mensaje – ni lo opuesto – aunque la cosa brama. Retorcer mandíbulas era algo que les pareció divertido, quebrar espinazos por la noche también.

Germán García

I'm not a blogger, so what?

Durante este último tiempo he tenido sobradas muestras de que definitivamente estoy fuera del mundo. Mi afirmación se basa en que hoy no tener blog es casi como vivir en Biafra, sin agua, sin techo y sin comida. No saber que *postear* es sinónimo de *escribir* (de hecho, ES escribir) y que *comentar* es lo que otros dicen de uno (o de lo que uno comentó de otro/s, pero en un espacio propio) me ha convertido en una analfabeta cibernética. Es verdad, a mí sacarme del Word o a lo sumo de la página de las cuentas de correo electrónico no es fácil. De hecho, recién ahora me animo con un programa que me baja música y pelis, y eso porque me fuerza el hecho de no tener tele (o sí, pero eso lo dejo para otro día) y necesitar ver algo que no sea yo misma reflejada en las ventanas de mi casa kosovar. Aunque, por cierto, todavía creo que un día me va a entrar un virus y me va a reventar todos los archivos que tengo y que no hago circular en un bendito blog propio, en ese espacio que –dicen- es donde uno se muestra a los demás. ¿Es que acaso soy una negada? Sí, si eso significa no entender por qué demonios la gente escribe cosas que jamás nadie leerá (y aquí cito indirectamente las palabras de un blogger de la primera hora), ni siquiera porque le molesta ese



Vermouth

Durante las últimas semanas, Betty anduvo de recorrida por algunas de las Bibliotecas Municipales con las que nos une cierta amistad y un prontuario de subsidios negados que ya son una elegía de la persistencia. Al final de esa gira que la ocupa anualmente en busca de nuevas y mejores formas de catalogación, Betty se sentó ayer a la tarde sobre un extremo de mi escritorio, y mientras se acomodaba el saquito que marcaba para ella el fin del verano, me largo sin preámbulos la narración de todo su tour libresco. De lo que me contó quedan más fichas e inventarios por hacer, y una sarta de detalles excesivos, excepto por el relato fingidamente desinteresado del encuentro fortuito con un referencista de Bragado que alguna vez la tuvo a mal traer.

Y así, mientras en la radio se escuchaba pegadizo y la Biblioteca iba quedando vacía, Betty no tardó en despacharse con la inquietud de lo que ya no recuerda, y una catarata de preguntas acerca de las minúsculas decisiones que definen una serie de cataclismos y determinan un destino en el que todas las demás opciones se clausuran silenciosamente. Para cuando llegó la hora de la salida, Betty estaba exhausta pero compuesta y mira el fondo de su taza pensando, supongo, en que es posible recordar las grandes decisiones y creer por lo tanto que es posible también evaluar los grandes errores: saber que decidir juntar tu biblioteca con la de tu amor, irte al otro lado de un mar o un río, cambiar los libros de química por una mochila y una carpa, son la prueba más evidente de que se puede desviar el rumbo. Pero lo otro, lo mínimo,

papel doblado que agarró al tuntún de la línea de cajas de alguna librería del centro.

De todas formas, no puedo negar que me atrapa la idea de espiar algunos blogs de amigos que salen un poco de lo que intuyo es la media dominante. Ahí sí,

me convierto en una especie de voyeur incontrolable: sigo sagas de todo tipo y calibre, y muchas veces espero con ansiedad nuevos “posts” (¿se dirá en plural?) y sus consecuentes “comments”. Me pregunto si estaré experimentando algo parecido a lo que sintieron los lectores de folletines, en un siglo que veía la reproducción en serie y la masividad de la escritura (entre otras cosas)

como la aniquilación del arte. Acaso aquellos críticos acérrimos de la cultura de masas también desconocían un mundo que por ajeno se volvía inaprensible. Pero también estoy segura de que ellos no iban a reuniones en las que lo mejor que puede pasar es que haya un señor entrado en años que despotrique contra el rock mientras evoca un tango de Julio de Caro, para sentir que hablamos el mismo idioma.

Vanesa Pafundo

Grandes momentos de la Literatura Argentina (2) Novelas Imperdibles: "El Paspado", de Alan Bauhaus.

"No saber de quién era qué, era eso y no otra cosa lo que más le molestaba a Rutini, sentado en cuclillas sobre la alfombra vieja y maloliente, delante de la enorme caja llena de cartuchos de Sega y Family Game que ella le había dejado como una forma de despedida portentosa, sintiendo cómo las paspaduras de su entrepierna y sus rodillas carcomían de a poco el último vestigio de tersura de su otrora piel de bebé, y entonces se levantó, se puso los calzoncillos y, ya en el cuarto de baño, consumió lo que le quedaba de un chicle jirafa, metiéndose integra, por la fosa nasal derecha, la ración que debía durarle al menos hasta la madrugada siguiente, en que su dealer - un morocho adicto a los videojuegos que usaba sweaters peruanos y morral y respondía al nombre en clave de Alphonse - lo reabastecería de goma rosa, y entonces sí, entonces

...sintiendo cómo las paspaduras de su entrepierna y sus rodillas carcomían de a poco el último vestigio de tersura de su otrora piel de bebé...

podría – cómo no – hacer frente a todo el trabajo acumulado, la pila enorme y reluciente de papeles, la versión taquigráfica completa de un proceso por asesinato que debía de traducir para fines de esa semana y quedar luego libre para – por fin, sí, por fin – poder sumergirse en las nalgas enormes, lipídicas y deformes de Stella Maris Mendoza, la cordobesa intérprete de farsi que lo había manoseado en un

congreso el mes anterior dejándole como recuerdo las marcas nauseabundas de unas uñas largas y afiladas, apenas discernibles en medio de la maraña purulenta de costras, paspaduras y escoriaciones que constituían el pan cotidiano de su mapa epitelial, poco acostumbrado ya a las bondades de un reparador polvo blanco corporal ordinario, no digamos ya de un Veritas de alta gama y rápida absorción como el que María Luisa Córdoba – su novia mendocina de la adolescencia, aquella que, sin saberlo, compartía con Mendoza un fanatismo inexplicable de otro modo que por las coincidencias cósmicas por el cantautor Marcelo San Juan- desparramaba por su cuerpo velludo al término de aquellas calurosas noches de los primeros descubrimientos mutuos".

Adrián Druet

En bici

Entre el lunes y el viernes, empiezo así: me levanto 6 y media, me cepillo los dientes sin mirarme en el espejo del baño, me pongo la ropa del día anterior, saco la bici del balcón y salgo. Cruzo el viejo puente de Avellaneda y llegó a Barracas a las 7 en punto. Espero hasta que el Ponchi, medio dormido y de mal humor, baje - siempre con los pelos parados-. Le está creciendo, el pelo. Mucho, rubio, salvaje. Arranco. Vamos hablando, por el camino, de las cosas que más nos gustan. Él, de motos y de coches. Yo, de fútbol. Llegamos a la escuela a las 7:50 o a las 8. Antes de despedirnos él me pregunta, en general, si tengo dos pesitos para darle. Para sus vicios. Si tengo, le doy

Lo busco en bici, también, a la salida. Ya se acostumbró a viajar en el caño, a que le revuelva los pelos mientras manejo, a que conversemos a los gritos porque vamos a toda velocidad, esquivando coches.

Una vez, un domingo, hicimos varios kilómetros, probando calles poco transitadas. Arrancamos en Avellaneda y terminamos mirando el río podrido, en la reserva ecológica. En el camino cruzamos un pedazo grande de Barracas, de La

Ya se acostumbró a viajar en el caño, a que le revuelva los pelos mientras manejo, a que conversemos a los gritos porque vamos a toda velocidad, esquivando coches.

el subte que no tomamos o la calle que cruzamos demasiado rápido, lo que se nos ofrece o nos acecha cuando estamos distraídos en lo demás y pudo haber hecho toda la diferencia o ninguna, eso es aterrador y demasiado para poder soportarlo en, digamos, una tarde de domingo

Un rato después, la serie de chismes con los que se despachó la nueva recepcionista nos separó blandamente de esa dimensión donde todo o casi nada podía ser un error, y nos limitamos a decidir que era mejor dejar el té que nos habíamos prometido e ir en busca de un vermucito tempranero, aunque eso trajera consecuencias irremontables.

María Martha Gigena